

FASES de la

(Continúa de la página 25)

Jóvenes (bases 1 y 2)

Alex Zamora

Cada encuentro entre espectador y realización se perenniza en la memoria esencialmente a causa de la intensidad de la trama del mismo o debido a algún protagonista, que aspira a ser encarnado fuera de la ficción. He ahí un vasto espectro de personajes que desconoce de la edad y su complejidad dramática, que más bien estará vinculada con el género cinematográfico en que se desempeñan.

En esa línea, sobresalen arquetipos del cine *mainstream* liderados por un púber Macaulay Culkin al personificar al opulento Ricky en *Ricky Ricón* (1994) o el revoltoso Kevin de *Mi pobre angelito* (1990), que se presentan como personajes planos sin mayor conflicto y de fácil digestión visual para la audiencia. A partir de la acción y el discurso empático envuelto en una trama comercial, sus personajes rondan lo inverosímil para encasillarse en una crítica de adjetivización escueta a causa de su intencionalidad fílmica.

Destaca particularmente la estrechez entre el género terror y los protagonistas infantiles, en la que Emily Rose en la clásica *El exorcista* (1973) empieza a generar una suerte de enlace permanente entre cándidos personajes que toman un giro perturbador. Un efecto que puede ser logrado en base a la inquietante inocencia de las gemelas Lisa and Louise Burns en *El resplandor* (1979), o en las antípodas de esta experiencia, con la mismísima Emily y su pasmoso aspecto.

► *Ricky Ricón*



vida 2



A partir de la adolescencia hasta los primeros años de la juventud se acrecienta la complejidad de los personajes según su nivel de protagonismo. Aunque tampoco se excluye interpretaciones planas en historias trilladas que apelan a los entretelones del debut sexual con la figura despampanante de la secundaria en una juerga atestada de drogas y alcohol.

Desde la otra vereda, el cineasta Larry Clark y sus arquetipos fetiche, como Telly, Bobby Kent o la muchachada de Ken Park, protagonizan las temáticas filmicas de Clark sobre grupos de adolescentes que se empoderan de esa “mirada” social a través de una honesta trasgresión.

De esta manera, la verosimilitud de los chicos de Clark coquetea con el género documental al no quedarse en el morbo de todo lo que involucra esa “primera vez”, sino en las ramificaciones psicosociales que acarrearán estas en la mente de los jóvenes.

También se hacen presentes narraciones donde el primer flechazo se produce con alguien del mismo sexo, como las bisoñas Adèle y Emma en *La vida de Adèle* (2013); o la pequeña Laure de apenas diez años, que manifiesta su vida transgénero en *Tomboy* (2011). Dos genuinas representaciones de cómo en la niñez y en la adolescencia se hace presente el conflicto de identidad y cuerpo para después pasar a la rea-

firmación del mismo ante la sigilosa mirada social.

Desde las postrimerías de la niñez hasta el inicio de la juventud la mirada expuesta por los directores es muy variable a causa del dramatismo de la historia e intencionalidad comercial del producto. Dos variables que van de la mano en la categorización de un personaje como plano o redondo. Este devenir no es más que una especie de viaje humano que va depurando una serie de emociones internas escena tras escena que solo en su desenlace permite apreciar esa travesía en cada intérprete.

Jóvenes adultos (base 3)

Diego Arévalo

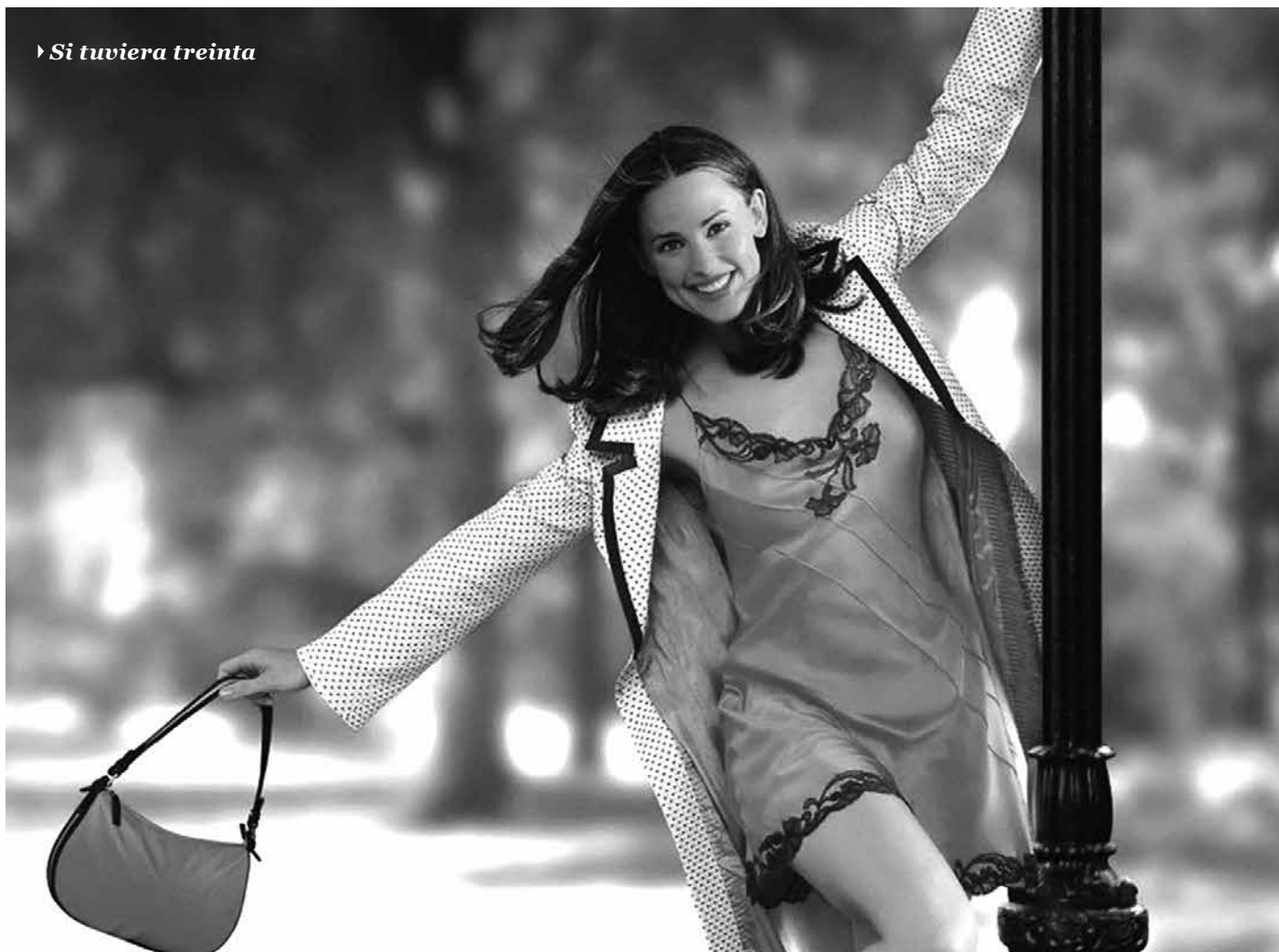


Puede que este sea el primer periodo de nuestra vida en que voltear la cabeza hacia atrás tenga el sabor de algo nuevo: estás en el tercer piso y ya has dado los suficientes pasos como para saber qué has hecho con tu vida, ya sea por decisión propia o por puro capricho del azar o del destino. Si nos encontramos viviendo nuestro sueño o si al menos vamos encaminados, todo bien. Pero qué pasa si sucede lo contrario o, a pesar de todos los logros obtenidos, nos decepcionamos igual.

Empecemos recordando dos películas que, a pesar de sus diferencias, son esencialmente la misma. Me refiero a *Quisiera ser grande* (1988), en la que vemos a un jovencísimo, y hasta entonces desconocido, Tom Hanks actuando como un chibolo de 12 años; lo mismo sucede con *Si tuviera treinta* (2004), solo que esta vez es el turno de una mujer interpretada por Jennifer Garner. A través de un elemento fantástico, ambos se hacen adultos de la noche a la mañana. Después de superar todas las complicaciones y adaptarse a sus nuevas vidas con las que siempre soñaron, los protagonistas deciden mirar hacia atrás y se dan cuenta que, en el primer caso, no ha valido la pena saltarse tantos años por culpa de un capricho; en el segundo, la chica se da cuenta que erró en el camino y detesta el presente en el que vive. Así es como ambos deciden regresar a casa



► *Si tuviera treinta*



y vivir de acuerdo a la edad que tienen. En estas dos comedias se puede percibir la decepción de los niños por aquello que significa madurar.

Algo parecido sucede con John Bennett, el mejor amigo de *Ted* (2012), pero en sentido inverso: tiene más de treinta y aún pasa el tiempo con su oso de peluche parlante. Su pareja le pide que asiente cabeza y que, para conseguirlo, le diga adiós a su *partner* de toda la vida, a ese osito juerguero que lo acompañó siempre, en las buenas y en las malas. Lo mismo sucede con *Los inútiles* (1953) de Fellini: un grupo de adultos que viven como eternos adolescentes. Ellos salen a hacer de las suyas por el pueblo de Rímìni hasta que “la vida se encargue de enseñarles”. Y eso es precisamente lo que sucede con ellos. Hasta aquí hemos recordado personajes que han estado marcados por el estigma de la infancia.

**Confundidos,
decepcionados,
infantiles,
melancólicos. La
crisis de los treinta
se nos presenta
bajo la máscara
de una “nueva
adolescencia”.**

A pesar de que en los siguientes personajes no se plantea la edad como un problema, recuerdo con mucho cariño a dos treintañeros por las frustraciones que padecen: James Stewart en *iQué bello es*

vivir! (1946) es el hombre con un porvenir dorado que, por diversas razones, se queda estancado en el pueblo en que vive y es empujado, poco a poco, a pensar en el suicidio. El otro es James Spader en *Sexo, mentiras y cintas de video* (1989), un joven misterioso y atípico que aún no ha encontrado su lugar en el mundo y se la pasa filmando a mujeres que le hablan de sus experiencias sexuales.

Confundidos, decepcionados, infantiles, melancólicos. La crisis de los treinta se nos presenta bajo la máscara de una “nueva adolescencia”, como una nueva toma de consciencia de nosotros mismos que nos conduce a la adultez definitiva. Y es un tema que, al parecer, falta ser más explorado por el cine. ◻

(continúa en la página 52)